

del mundo y al bienestar perpetuo de los hombres; él es la comunión de la tierra con el cielo.— El mundo inmenso, dice un himno védico, ha sido hecho en vista del sacrificio.— Bajo la influencia de concepción semejante, la intervención de los rishis (1) ha venido naturalmente á formar la apoteosis del Soma; más aún, ha venido á colocar al Licor-Dios como principio animador y generador del mundo. Libado el Soma en las llamas, comunica la fuerza al Fuego (2), y elevándose hasta el fuego mismo, se identifica con Indra, Vayón y Mithra». (Trinidad védica). Á fin de que se note mejor que el sacrificio védico no es sino una idea monstruosa del nuestro, pero que le indica claramente, débese advertir que los libros sagrados de los aryas-indos testifican que en su sacrificio, Brahma es el sacrificador y la víctima á la vez; más aún: que Brahma es víctima con su hijo Krichna, el cual vino á la tierra para salvar á todos los hombres, y que llenó perfectamente el sacrificio solemne.

Todas los mañanas el sacerdote indo celebra este género de sacrificio; mejor dicho: así se celebraba antiguamente, porque hoy, aunque en la esencia sea el mismo, empero ha sufrido alguna modificación; tal es la siguiente: el mencionado sacerdote forma un panecillo ó torta de harina de arroz, rociada con manteca de vaca ú oveja, y después lo come en medio de las oraciones y ceremonias litúrgicas. Tienen en tanto aprecio esta última clase de rúbricas, que afirman no poderse celebrar el sacrificio referido sin la oración rítmica, el canto y el himno. Por lo cual añade M. Pillón: «Si el sacrificio es necesario á la conservación del mundo, el himno es esencial al sacrificio, pues asegura su eficacia. Si el sacrificio es el principio de la vida y de la fuerza para los Devas y también para los hombres, el himno es el alma del sacrificio, y he ahí que, tanto el himno como el Soma, vienen á ser un dios. El himno no alaba solamente, no invoca tan solo, sino que llama y granjea: él ejerce sobre los Devas una acción mágica y una especie de encantación»...

(1) Sabios divinizados por los indios.

(2) Dios del fuego.

V

Respecto al Confucionismo, cuyas doctrinas están contenidas en los Kings ó libros por excelencia, dispuestos unos, y compuestos otros por Confucio, no debo pasar en silencio un hermoso texto que dice mucho en pro de la Eucaristía. Al hablar aquel seductor en su pura mitología de los hijos de Dios, asegura que existe uno, llamado Tien-Hoang. «Éste es el hijo por excelencia, éste es la inteligencia del Cielo que nutre y embellece todas las cosas».

El sacrificio de los chinos en honor de Confucio, «quizá metodizado luego de la muerte de este embaucador» presta igualmente relevante idea del Sacrificio incruento de nuestros altares. Después que han enterrado la sangre de la víctima, el ministro celebrante ofrece á Confucio un vaso lleno de vino y lo derrama sobre un hombre de paja. Acto continuo le dirige la siguiente oración: «Vuestras virtudes, oh Confucio, son excelentes y admirables. Vuestra doctrina enseña á los reyes á gobernar sus súbditos. Las ofrendas que os presentamos están limpias de toda mancha. Que vuestro espíritu descienda sobre nosotros: que nos ilumine con su presencia».

Inmediatamente se arrodillan todos los asistentes, y se dejan oír los instrumentos músicos; el sacerdote se postra también después de haberse lavado las manos. Recibe de uno de los ministros una fuente con una pieza de seda que presenta á Confucio, elevando sus dos manos. La misma ceremonia ejecuta con un vaso lleno de vino. Mientras que la pieza de seda se reduce á cenizas en un brasero destinado para el efecto, el sacrificador recita unas preces semejantes á las anteriores. Un sinnúmero de reverencias subsiguen á este acto; luego toma de nuevo entre sus manos aquel vaso de vino y, ordenando que todos los circunstantes se postren en el suelo, les invita á que beban este licor de supuesta vida, diciéndoles: «Bebed el vino de la dicha y de la felicidad». Todos creen participar de un festín divino; mientras que el oficiante, dando ejemplo á los demás, bebe primero el vino que se le presenta en el vaso. Á continuación, ofrece á Con-

fucio las carnes de las víctimas y hace que se distribuyan á los concurrentes, quienes con su participación creen tener derecho á los futuros bienes que el *divino* Confucio repartirá á sus creyentes. ¿Se pretende, por ventura, un símbolo más adecuado del Sacrificio eucarístico?; aquí hay materia, ofrenda, forma, ministro, plegarias, comunión, fe en lo que se recibe y, aunque muy materialmente, todo semejante á nuestro verdadero Sacrificio. ¿Qué significa esto? Es que la idea de la real víctima que se había de inmolar en la plenitud de los tiempos, y que había de ser sacrificada perennemente en los altares, era una idea enteramente arraigada en todos los pueblos, por creencias más ó menos imperfectas, tomadas de la antigua y verdadera tradición que la contenía y expresaba claramente, aunque no la comprendía, ni la elogiaba, porque aun no había llegado la hora.

VI

No existen ideas menos expresivas en el Budismo. Y no podía por menos de ser así; pues siendo éste una reforma religiosa del Brahmanismo, algo, ó mucho, tenía que conservar de su genitor. Al declarar Buda que todos los hombres son iguales ó hermanos, con lo que vino á destruir las castas brahmánicas, bien pronto arrastró en pos de sí muchos prosélitos, y sus doctrinas contenidas en los Soutras y demás libros sagrados que ya hemos mencionado, se extendieron rápidamente por la China, Japón, islas de la Oceanía y algunos otros lugares. En cuanto á nuestro objeto, podemos decir del Budismo, como también del Confucionismo lo que M. Humboldt, sabio filólogo alemán, de principios de este siglo, se expresaba sobre la propia materia: «La idea de Dios que no sólo se encarna y sufre, sino que se inmola en sacrificio para regenerar al hombre, es, dice, una idea sublime que se encuentra en todos los libros sagrados de la antigüedad».

VII

El mismo espíritu de las tinieblas, imitador de las prácti-

cas más augustas de la Religión Católica, intentó en la antigüedad remedar la celebración del Misterio Eucarístico, mediante los famosos sacramentos de Mithra, que acabaron por extenderse en una gran parte del imperio romano. Sus sacerdotes tomaban un pan y un vaso de agua, y, pronunciando sobre ellos ciertas palabras misteriosas, lo presentaban al iniciado en sus doctrinas y le invitaban á que participase de aquel divino convite. Así lo enseñan Tertuliano y S. Justino, siendo éstas las palabras del primero: «El diablo, cuyas funciones consisten en alterar la verdad, imita en los misterios de los ídolos los ritos de los Sacramentos... Mithra hace una señal misteriosa sobre la frente de sus soldados y celebra la oblación del pan... (1)».

Más expresivo es aún S. Justino: «Los demonios, dice, han enseñado, en los misterios y en las iniciaciones de Mithra, una práctica imitando al Sacramento de la Eucaristía. Consiste en preparar un pan y un vaso lleno de agua, profiriendo sobre ellos ciertas palabras: vosotros, dice á los paganos, no ignoráis esta costumbre... (2)».

VIII

Todos los demás pueblos del globo que no tuvieron la felicidad de abrazar la Religión del Crucificado, alcanzaron en sus repetidos sacrificios una idea aunque imperfectísima de la Eucaristía. Los romanos, á más de sustentarse con la carne de las víctimas, empleaban tortas de harina y miel. Los griegos confeccionaban una pasta de harina y sal, juntamente con las libaciones de vino que eran distribuídas á todos los asistentes. Los celtas ofrecían un pan, un vaso de agua y una mano de marfil, que representaba la justicia; á continuación, el sacerdote quemaba un poco de pan, vertía

(1) Diabolo, scilicet, cujus sunt partes intervertendi veritatem, qui ipsas quoque res sacramentorum divinorum idolorum mysteriis æmularur.... Mithra signat illic in frontibus milites suos, celebrat et panis oblationem.... De Præscript. hæreticor., XI.

(2) Quod quidem etiam in mysteriis atque initiis Mithræ fieri docuerunt per imitationem pravi dæmones. Quod namque panis et poculum aquæ, in sacrificiis sive in re divina ejus qui initiatur, ponatur, verbis quibusdam additis, aut certe scitis.... Apolog. II.

algunas gotas de vino sobre el altar, lo ofrecía en sacrificio y lo distribuía entre los concurrentes. Los mejicanos formaban una estatua con pasta de maíz cocida, y luego de llevarla en procesión por las calles, el sacerdote sumo la rompía y distribuía en pedazos al pueblo, el cual, con su participación, se creía santificado.

Los peruanos, con el mismo pan de maíz y con cierto vinoso licor, celebraban otro tanto en honor del sol. En una palabra, todos los demás infieles, cada cual con sus informes creencias é insulsas prácticas, vienen á predicar la alta idea del Sacrificio Eucarístico que posee la Iglesia Católica, del cual, como tantas veces hemos dicho, son sus vaticinadores y pregoneros.

IX

Pero vengamos á aquellas religiones que odian de muerte á la Doctrina revelada. Digamos dos palabras sobre el Alcorán, y sobre las doctrinas de los modernos judíos, protestantes y francmasones. Aun con todo el impío conato de borrar, si pudieran, los dogmas del Catolicismo, y desprestigiar y blasfemar, particularmente del Sacramento de los altares, han predicado sin quererlo que el verdadero sacrificio es el de la Eucaristía; más aún: que la idea de sus sacrificios la han tomado del único sacrificio incruento nuestro.

Entremos á hablar del Islamismo. Por los años del Señor 569 ó 570, apareció en la Meca el tan renombrado como infeliz Mahomed, quien, llegado á los 40 años de edad, intentó llevar la fama de su nombre por los confines del orbe, inventando una nueva doctrina, mediante los auxilios que le prestaran los conocimientos semisuficientes que tenía del Cristianismo y judaísmo. Su regla de fe y de costumbres, tejido insufrible de los dogmas, culto y moral Evangélico-judáicas, y que, según él mismo hizo creer á sus prosélitos, era revelada por partes y de tiempo en tiempo por el arcángel S. Gabriel, fué compilada poco más tarde, en un libro que denominó Korán ó Alcorán, distribuido en 114, ó, según otras ediciones, en 124 Suras ó surates (capítulos). No existe en

efecto invención doctrinal más descabellada y risible, que la del Islam. Para el Corán, Abraham, Moisés, Mahomed y Jesucristo son musulimes (1), bien que el último aventajó á los tres primeros en gloria y grandeza. Mahomed no hizo otra cosa que continuar la excelente obra para la que trajo al mundo á los tres profetas restantes. Mas dejando estas y un sinnúmero más de necesidades y fútiles mezcolanzas, (que al menos estuvieran dispuestas con habilidad) y entre las cuales brillan testimonios inmejorables de Jesucristo y de la Virgen Santísima, entremos en el solo punto de nuestro objeto que, según anunciamos, consiste en observar lo que el libro sagrado del profeta mecano nos enseña acerca del más augusto de nuestros Misterios.

El pueblo judío se distinguió siempre por su inteligencia rastrera y villanos pensamientos; y Mahomed, descendiente natural de aquél, y lo que peor es, digno corifeo de las creencias rabínicas, no pudo menos de mostrarse egregio sucesor de su padre. En efecto: al narrar cómo Jesucristo Nuestro Señor instituyó el adorable Sacramento de nuestros altares; al contar á su escogida grey el objeto, las circunstancias y el fin de tan augusto Misterio, pervierte el orden mágico de la naturaleza, entendiendo del manjar celestial, una comida terrena; del alimento espiritual, una vianda del cuerpo, confundiendo, en suma, en oscuro laberinto un dogma que, en su imperfecta inteligencia, es lo más admirable que puede imaginarse.

Mas veamos á qué se reduce la descripción eucarística del visionario del Islam. Refiere, que en cierta ocasión los socios ó discípulos de Jesús se encontraban hambrientos y tenían mayores deseos de viandas corporales que de alimentos nutritivos para el espíritu; por cuyo motivo rogaron á su Maestro Jesús que impetrara de Allah una opípara mesa cubierta de exquisitos manjares (2). Condescendió éste

(1) Escogidos de Dios.

(2) Esto hace alusión sin duda alguna al cap. 6.º vers. 25 y sig. de S. Juan. Lo demás es una mezcolanza de la Creación, y milagros de la vida de Jesús.

con sus discípulos; por lo que cierto día habló Allah á Jesús en los siguientes términos: «¡Oh Jesús, hijo de Mariem! acuérdate de mi beneficencia y misericordia para contigo y para con tu madre y no te olvides de cuando te corroboré con el espíritu de la santidad para que hablaras á los hombres, siendo niño y en la vejez, y de cuando te enseñé la escritura, la sabiduría, el Pentateuco y el Evangelio; y de aquellas veces que con mi beneplácito formabas de barro figurillas de ave y después soplabas en ellas y resultaban aves reales y verdaderas por mi voluntad; y de cuando sanabas los ciegos á nativitate y curabas los leprosos por mi deseo; y de aquellas ocasiones que resucitabas los muertos, ó los sacabas de sus sepulcros con mi autorización; y de cuando contuve á los hijos de Israel para que no te despojasen de la vida en las veces que te presentabas á ellos con las demostraciones de los milagros; y los que eran incrédulos dijeron: Estas cosas son una magia manifiesta. Y cuando inspiré á los apóstoles diciendo: Creed en mí y en mi Legado Jesús y respondieron ellos: Creemos y testificamos que nosotros somos musulimes. Recuerda cuando exclamaron los apóstoles: ¡Oh Jesús hijo de Mariem! ¿acaso podrá tu Señor enviarnos una mesa del cielo? (1) y respondió Jesús: Temed á Allah, si es que sois fieles.—Replicaron los apóstoles: Deseamos comer de la Mesa, á fin de que nuestros corazones estén tranquilos ó no tengan dudas, y cerciorarnos de que nos has hablado cosas verdaderas; optamos asistir de testigos á la Mesa. Entonces, dijo Jesús hijo de Mariem: ¡Oh Allah, Señor nuestro! haz bajar una Mesa del cielo sobre nosotros, para que sirva de alegre banquete desde el primero al último de nosotros, y á la vez nos sirva de señal ó milagro. Susténtanos, oh Señor, porque tú eres el mejor de los alimentos. Á esto respondió Allah. Por cierto que haré descender la Mesa sobre vosotros; pero el que entre vosotros fuere incrédulo después de haber visto el prodigio, lo

(1) Hace alusión al cap. 6.º v. 41, 42 y 61, de S. Juan.

castigaré (1) con una pena excepcional que no aplicaré á ninguna de las otras criaturas» (2). Pero Jesús, añade un glosista de este Sura, dijo también á los apóstoles: En verdad que bajará la Mesa (3) y perseverará hasta el fin del mundo (4) con tal que no hurtéis ni escondáis nada de ella; y si no cumplís esto, Allah os castigará. Empero algunos de ellos ocultaron viandas de la Mesa, temerosos de que no bajara siempre y por este pecado castigóles Allah, convirtiéndolos en monos y en puercos (5).

Según acabamos de ver, no hay cosa más ridícula y estrafalaria que comentar ó referir de semejante modo el texto evangélico de S. Juan y la mencionada epístola de S. Pablo. Era necesario que el vate mecano gozase de una ignorancia afectada acerca del dogma eucarístico, dejándose llevar de su loca imaginación, ó reventase de malicia para poder conciliar en imperfecta amalgama algunos textos evangélicos con tradiciones hebreas y fábulas romancescas que él se había forjado en sus visiones extáticas. Pero sea cual fuere el fin que se propuso este hijo de la raza maldita, vino por cierto á anunciar un dogma que sin duda él rechazara y á confirmarle mediante las ficciones que redactara en su Alcorán, ya que en mano de un buen crítico son una prueba, más que suficiente, para fallar que, si un muslim que tanto odia á Jesús, no como tal personaje, «pues le encomia», sino por ser autor de una Religión que él tanto aborrece; y sin embargo, inserta en su libro sagrado y en estilo mitológico, indudables razones y hechos divinos que atribuye á Jesús, claro está que el Corán, sin quererlo, comprueba las obras del Salvador y por consiguiente su Religión Católica; y que, por un corolario de la proposición anterior, si los hijos del desierto se adhieren á lo que haya de verdad en la narración de la referida Mesa, de la

(1) Pretende interponer lo que enseña S. Pablo en la I carta á los Cor. cap. XI.

(2) Sura V.

(3) Alude al cap. VI de S. Juan, v. 52.

(4) Id » » XXVIII de S. Mateo, v. 20.

(5) Parece querer indicar los efectos terribles de la Eucaristía en los que la recibían en pecado mortal, según refiere S. Cipriano.